EL PAN DEL TIEMPO

poemas

FRANK BAIZ

2026

El pan del tiempo

Frank Baiz

El pan del tiempo © Enfoque Baiz,
2026 Primera edición.
Bogota, Colombia.

El pan del tiempo

A Hernán, Ramón y Yajaira,
los amigos ultramarinos del mar de siempre.

DESTIERRO

Este destierro, a veces,
duele como la sangre.
Abrir los ojos
es desembocar en los vestigios
que cada mañana riegan el pecho
con las risas compartidas por los amigos vivos
que siguen muertos.

Las calles de esta tierra
se llenan de carcajadas extinguidas,
los pasos nuevos son los pasos que te arrebataron
y el espectro de tu huida
pesa como tu sombra.

Con el despertar,
a veces,
la mano palpa a tientas
la esperanza,
con la ciega tozudez del dolor.
La cercanía es un exceso
y el tiempo es este pozo
que llevas por dentro.

Otras veces
el día teje sus retículas incomprensibles
y te secuestra.

Este destierro, a veces,
duele como la sangre.
La rabia te mira con piedad,
la impotencia interroga tus recuerdos,
la vida enmudece
y te pide una explicación.

MI CASA

Mi casa sola, allá,
como un ala rota,
mis platos, mis amigos,
la ventana,
las mañanas de recolectar las nubes,
los silencios de mi almohada,
la computadora y el olvido,
tantos libros dormidos en sus sueños,
el recuerdo acostado en el sofá,
la montaña y el cementerio donde está mi madre,
y los verdes
ya tan verdes y lejanos
mi casa sola, allá,
como un dolor en el costado
como un suspiro.

CREDENCIALES

Yo tuve una vasta formación en materia de infelicidad.
Cualquier pensamiento luminoso
era una alarma.

Aprendí temprano
a invocar los nubarrones detrás de los hechos razonables
y a rastrear en la felicidad
los signos de la desgracia.

Fui entrenado escrupulosamente
para descubrir en el fracaso un refugio,
en la vigilia una condena,
en el respiro la anoxia,
y en el silencio la reconvención.

Aprendí la tribulación con los mejores maestros,
a recolectar enemigos en calidad de amigos,
a prevenirme contra cualquier tentativa de sosiego
y, ante la amenaza del descanso,
a corregir el rumbo
imaginando una muerte cercana.

Hice un posgrado para la cata del infortunio,
con largas sesiones
consagradas a degustar el veneno de la culpa.

Tuve felicidades infelices,
éxitos fracasados,
citas a ciegas con la infelicidad.

Aprendí
a descubrir las despedidas que se esconden en cualquier encuentro
y a empezar por el final.

No sé otra cosa que ser infeliz
y por eso hoy concurro ante ustedes,
modestamente,
a exigir mi título de graduación.

VIERNES SANTO

Calles de esperma que una vez me vieron encender un cirio
frente a la estela amarilla
de la noche enmudecida.

Velos negros, estolas sin esperanza
que asistieron a mi crucifixión.

Murió la abuela,
y con ella mi Dios,
aquel Viernes Santo.

MI TÍO

Iba a escribir un libro para hablar con mi tío.
El libro era un cara a cara con la vida,
un ajuste de cuentas con mi padre
que nunca fue mi padre y siempre fue mi padre,
un tú a tú de hombre a hombre como quería él,
el careo de dos niños, cada uno con su tiempo,
él con la barba recién afeitada, sin camisa,
y yo con mi miedo y con mi asombro
de tener un padre que no era mi padre.

Iba a escribir un libro que hablara de mi tío,
del féretro oscuro que bogó en el patio
la tarde neblinosa de mi primera muerte,
de mi tío que sollozaba sobre el ataúd de nuestra abuela,
de mi tío que bisbiseaba frente al féretro
cosas de su odio,
de mi tío, al que yo quería como un padre.

Iba a escribir un poema del hombre que me hizo hombre
sin quererlo
o quizá queriéndolo,
un tío arrinconado en sus espejos sordos,
un tío desolado,
un tío que me bautizó con un libro y una espada:
una espada verdadera
que guardaba en el arcón de nuestra infancia
y otra de dolor

que lavaba en los mares tumultuosos de su Tristán e Isolda,
cuando con los ojos apuñados en sus cavilaciones
se perdía en una oscuridad
que era música en su alma.

Iba a escribir acerca del único padre que tuve
y que hizo a este, quien escribe,
tratando de escribir lo que no puede.
Iba a escribir sobre el tío que fue padre,
sobre el niño naufragado
que sin querer
o quizá queriéndolo
asesinó a su padre.
Iba a escribir sobre el hombre que me hizo hombre,
sobre el fantasma que hizo mis fantasmas,
sobre el padre necesario.
Iba a escribir sobre la vida,
y el llanto de mi tío no me deja.

SONATA A MI PADRE

Ya no peleo con mi padre.
Le he dado muerte de una estocada.
De un disparo.
Cae en un tiempo vertiginoso
donde hay un rey
de papel.
Los judíos
son seres misteriosos.
Mi tía Raquel.
Con su virgen a cuestas.
Con su acento francés como una falsa judía de Bayona.
Escondida en la sinagoga inexistente.

Y mi padre está allí.
Mirándonos.
Con la sonrisa que lo llevará a la tumba.
Sonriendo frente a mi madre que lo apunta con dos dedos
para matarlo una vez más.

Y yo lo busco desesperadamente.
Lo busco huyéndole.
Es él quien huye.
En Santomé.

Mi madre me lleva en brazos.
Tu padre tiene otra mujer.

Tus hermanos.
Ese que eres.
Que no eres.
Como tu padre.
Como su nombre, como él.

Y mi padre habita en su sonrisa de la foto.
Se ríe de nosotros.
Se ríe de él.
Se asesina lentamente con su risa de Dillinger
Y yo debo ser mi padre, yo río también.
Hamlet de 9 años que se carcajea junto a su madre.

Risas felices de una madre y su hijo
que andan a la cacería de su padre.
En Santomé.
En Cabimas.
Ahora en Maracaibo.

Me río y mi madre ríe.
Sin conocer mi misión secreta.

Y aquí estoy frente a ti, padre.
En tu casa.
En mi casa.
Con la pistola de los dedos de mi madre.
Con mi espada.
Con tus dedos.
Presto al disparo.
En guardia ante la estocada final.

Larga muerte a la memoria de mi padre.

TIEMPO DE ACACIAS

Los montes que me sueñan
allá en las tardes del tiempo permanente
miran a un niño que sonríe
con una rama desgajada entre sus manos.

Los bancos de madera y las acacias
acunan la tibieza.

Y están los amigos,
y el llamado de mi madre.

Mi madre, alguna vez
—qué dicha era la vida—:
cuánto amor había en su angustia inacabable.

Y allá el tiempo habita lejos,
con los montes que me sueñan.

ARCOÍRIS SOBRE EL HIELO

Cuando dejo de pensar
regresa la verdad de lo que he sido:
el arcoíris sobre el hielo,
Manuel y su mano blanca,
la sonrisa de un padre por un día.

Y florece el tiempo de los mosaicos del patio,
la lluvia que inundaba mi asombro,
los cantos secretos,
la ternura agazapada bajo la mesa.

Héroes de colores que me desafiaron,
golpes de risa y ensueño,
un aroma de kerosene de una mañana muy lejos,
y yo atravesando una vereda
de lo que un día será la plaza.

Montañas de ropa blanca que conquisté,
llamados que me atravesaron,
largas piernas de mujeres que descubrí,
albos delirios
que secuestraron mis sueños.

Cuando no pienso
se apaciguan mis aguas,
y un candor antiguo me arrulla en mi desvelo,
y retorna la música,
y sueño la vida
como la primera vez.

ESTUARIO

Por el río del tiempo
desagua mi cansancio.

En un recodo,
la lluvia truena oblicua sobre un patio rojo,
las manos de mi abuela acarician las cuentas del rosario
y desde la pila de bautismo
mi hermano me mira con ojos moribundos.

En los recodos de mi ayer,
aletea la risa de mi madre
en la casa habitada por los ecos,
un niño desempaqueta los regalos,
toda la vida es Noche Buena,
y cada vez que llueve
un riachuelo de juguete atraviesa el comedor.

Y más abajo,

el río del tiempo trae otro río a mi memoria,
un río de recuerdos naufragados,
la creciente que empujaba la infancia a borbotones,
el amor que tuvo nueve brazos
y uno se quebró.

El río del tiempo se llevó a la abuela
y se llevó mi infancia,
se llevó la Navidad y nuestros colores
hacia el estuario de la lejanía,
arrastró la vida
me dejó a mí.

REGENT'S PARK

Había cisnes en Regent's Park,
no los cisnes de Verlaine, como los que yo añoraba,
pero cisnes, al fin,
que jugueteaban en las aguas de aquel parque ajeno,
en un otoño que yo deseaba prolongar
hasta una vida distinta
que nunca llegó.

En la biblioteca del Bedford College reposaban los clásicos.
Una biblioteca severa, de códices pesados y silenciosos.
Y yo estudiaba anillos artinianos,
que son aquellos que cumplen con la Condición de Cadena Descendente,
mientras, desde los anaqueles,
Molière me hacía guiños
que terminaban haciéndome saltar las lágrimas.

La nieve era lo mejor de mis sueños:
una nieve blanca y pertinaz que me entibiaba el alma,
una nieve distinta
como una vida distinta.
Y llegué a sentirme señor de la nieve.
Señor de la nieve, hasta el nunca jamás.

Cuando abandoné el College, no me despedí de los cisnes.
Era un día caluroso y plano en Hyde Park.
Me despojé del saco,
de la vida distinta,
y me quemó el sol.

En Regent's Park había cisnes, y un día descubrí
que se vinieron conmigo:
no los cisnes de Verlaine, como los que yo añoraba,
pero cisnes, al fin.

HAZLITT HOUSE

Hubo un hombre joven frente a una ventana,
que miraba el lento bogar de los 747,
surcando el cielo de Heathrow
como ballenas ingrávidas.

Hubo una mesa desnuda
y una máquina de escribir,
una mecedora rústica
y una cama donde te refugiabas
cuando el ático se llenaba de vampiros.

Hubo un fulgor dulce,
como de hermanos románticos,
peldaños que crujían,
olores que ascendían del flat de los libaneses,
y un mañana casi al alcance de la mano.

Después, el ático quedó solo,
lo vimos alejarse como un barco a la deriva,
y abordamos un 747
camino a la intemperie.

EL TREN NOCTURNO

La luna que acompaña al tren nocturno
Barcelona-Paris
Joan Margarit - Cosas en común.

La luna no era aquella deslumbrante aparición
que nos espiaba a través de la ventana
en el tren nocturno
que nos condujo,
sin que lo supiéramos,
a la vida que se nos escapó.

La luna era otra,
no la mentira con que quise inventarte,
ni la moneda caída
en el saco de la noche larga
en la que nos convertimos.

La luna era otra.
Esa luna
que nunca pudo reflejarte.

TIMES SQUARE

Times Square,
en el tiempo en que navegar la Séptima
era atravesar la noche estremecida,
tú prendida de mi mano,
avenida abajo hasta la calle 34,
bendecidos por los relámpagos de Broadway,
mientras desde las marquesinas Annie Sprinkle
ofrendaba sus senos como fichas,
y en la entrada de un peep show
un negro desdentado nos convidaba al infierno
donde se inmolaban las culpas.

Times Square como nunca más,
tu risa custodiada por el Salvation Army,
ungidos calle abajo por el acoso de los traficantes,
atravesando las retículas de luz metálica
que reventábamos con lágrimas gozosas,
llorando como niños
que acababan de inventar el universo,
mientras en mil pantallas
Jean Jennings perdía la conciencia
en su más reciente felación.

Times Square,
en las tardes en que mi alma ascendía
al cielo de Manhattan
en los vapores del subway,

con tu mano recién nacida
en la palma de mi mano,
y yo abría mi corazón
como un mapa de hierros retorcidos
para invitarte a pecar.

Times Square,
en las noches de nuestra deriva,
cuando nos cambiábamos los nombres
frente a la portera de Plato's,
y tú te reías
de que Jamie Gillis fornicara
como un hombre cualquiera.

Times Square,
arrebatado por el miedo y la distancia,
descartado como un boleto sin uso,
perdido para siempre
en la noche que una vez fuimos nosotros.

HUDSON YARDS

En la misma calle en la que los espejos se prolongan hasta el cielo
había otro cielo,
estrecho y sombrío,
que fue mi cielo.

Bajo su bóveda de oscura luz
soñé encontrar
mi yo perdido.

En su seno sordo, hoy ausente,
mi vida entera encalló en el asombro de los cuerpos inasibles
que se reflejaban en un techo de cristal,
mientras una piscina vacía
aguardaba los gemidos sempiternamente ajenos
que se escapaban de la punta de mis dedos.

Aquel cielo de Manhattan era brumoso y ronco,
espeso como un nudo en la garganta,
atravesado por una música letal
que ardía en las entrañas.

Bajo su procacidad inapelable,
aferrado a la mano de nadie,
pude reconocer
caras que jamás existieron.

Hoy mi cielo no está allí, tampoco yo.
Solo queda el guiño que me hacen las torres frente al río
con irrisoria complicidad.

DIECIOCHO AÑOS

La mano cálida bajo el postigo,
que una vez fuiste,
se hizo tantas manos.

Anduve de mano en mano para reencontrarte
en la mano blanca de mi novia adolescente,
en la mano cierta de mi amor tardío.

La vida es un horizonte de fugaces asideros,
de mano en mano te busqué,
de mano en mano te he perdido.

INCENDIO EN EL OCASO

Los pájaros tronaban vertiginosos entre los riscos de la restinga
y yo soñaba con escribir algún libro que comenzara diciendo:
«Los pájaros se suicidan en la tarde»,
mientras las parvadas estridentes azotaban la montaña
en ocasos que parecían incendiados para nosotros.

Los pájaros se suicidaban en la tarde, quería pensar,
mientras mi corazón no podía remontar más allá de la mentira
que era inventarle pájaros a tu mano cobijada por mi mano.
Los pájaros se suicidaban en las tardes, sí,
y con ellos nosotros.

IDA

Me enamoré del mar, no de ti.
De nuestro desasosiego compartido.
De lo que ocultaba tu mirar oblicuo.
De nuestra orgía que nunca fue.
De tu voz que jamás me entregaste.
De tu risa asesina.
De la nada que ocultábamos juntos:
lejos de mí mismo, muy lejos de ti.

De las mentiras que inventábamos
frente a mesones bordados de desierto.
De los viajes imaginarios
hacia una soledad poblada de cuerpos desquiciados.
De ti,
que no existías
y reías tanto de ti misma, de mí, de todos.

De la vida que te quitaste
como una camisa sudada.
De las lágrimas que no enjugué
frente a tu cadáver inexplicable.
Del infinito al que te fuiste
para insistir en tu nunca jamás.

PRIMERA VISITA

Esa impertinencia tuya de aparecerte
al filo de mis noches
como la que nunca fuiste.

Ese empeño de regresar viva tantas madrugadas
durante tantos años
para morirte en cada amanecer.

Qué fácil extender la visita ahora
y no cuando yo te rogaba la vida.

AGONÍA

Quiero besarte,
pienso que quiero besarte,
pienso que creo que quiero besarte,
y luego pienso que solo debo querer besarte,
y no te beso.

INVENTARIO

Quemo las naves de lo que fuiste y te veo partir.
Dejas a tu paso la sangre truncada,
los amaneceres negados por una bombilla,
los cuerpos borrados por tus ensueños,
el tiempo derramado frente a la mirada de un niño.

Me asomo a la ventana y miro los escombros.
Tiendo la mano a quienes esperaron tus manos
y la voz a los ojos que nunca miraste.
Recojo en mi ahora la oquedad de mi tiempo ya ido.
Y hago este inventario de huyentes vacíos
para llenarme de lo imposible.

DECLARACIÓN DE AMOR

Para ti, Mayra.

Desnudamente
quisiera amarte lavado de mi sombra
curado de las paredes sordas de mi adolescencia
y entregarme nuevo como soy
o como nunca he sido
el niño del reloj
el biólogo ignorado en la escalera
el astronauta del triciclo
el poeta de las misas de aguinaldo
y darme todo con mis sueños olvidados

Ese otro cuerpo que sería el mío
y que me pertenecería
sería mi mejor ofrenda
un cuerpo limpio de anhelos y de urgencias
de caminatas sin destino
de ocasos empañados tras la gasolina
de los cines abarrotados de almas solitarias
de todo el llanto en las ramblas

Y me daría en ti, desnudamente
como el hombre nuevo que soy
desde que una tarde me entregaste el capricho
de tu mirada desnuda.

BANQUETE

Retazos de mi sombra
sobre la mesa
un pálpito, un adiós, un sueño interrumpido,
un recomienzo de otro día
y otro intento.

Mendrugos del ayer,
esparcidos;
una mirada,
vacía como un vaso,
y un reloj.

La taza de los intentos,
rebosada;
el equívoco
derramado sobre el día,
y el reloj
con su sonido hueco.

La escudilla de la certidumbre en el mantel
la esperanza en su florero vano.

Una y otra vez,
en su cesta de mimbre.

En el brocal de la mañana,
la hora oblonga.

En el cáliz sin la flor,
la hostia de la nada.

Y la risa y la lágrima,
el pan de cada día
el pan del tiempo
cortado en rebanadas
a la espera
de que aparezca el comensal.

UN SUEÑO

Soñé que nuestra casa daba al mar,
sus paredes altas y blancas que tantas veces encalamos
eran pasto del agua que las lamía, solitarias.

Soñé que la casa ya no era de nosotros,
tampoco los barrotes de la verja que erigieron nuestras manos
ni el mirador que quería dar al mar distante,
cuando el futuro todavía no tenía tu rostro.

Pero no soñé con el malecón
ni con la mañana tibia que te convirtió en madre.
La casa daba al mar y estaba sola sin tu risa y mi esperanza,
sin las comidas de los viernes, sin los platillos de los pescadores,
sin lo que me sobró y lo que te faltó de mí.

Solo soñé que nuestra casa estaba sola,
y daba al mar.

SESIÓN

La vida es tiempo, dijo mi psicoanalista
mientras yo me hundía en el diván hasta el pozo de mi infancia.
La vida es tiempo, repitió.

Una bandada de palomas cruzó frente al espejo,
el grito de un niño resonó en la lejanía,
y el mar llegó a arroparlo todo.

Los ojos y las manos son mi tiempo, pude haberle dicho,
un perro nocturno aúlla lastimeramente
o, quizás, la muerte prematura es un quejido,
y el psicoanalista calló por un instante.

Sábanas deshechas, latidos, un horizonte de ojos
pude haberle dicho,
o una piedra en el vacío, quizás,
y ese para siempre nunca al borde en la garganta,
o tal vez la risa, el sudor, el agradecimiento
una calle larga atardecida y un zaguán
y una lágrima que muere en el silencio.

Afuera es tarde, un hombre se viste y otro se desviste.
Cada auto se desliza hacia su lejanía
el día arde en su pebetero,
un almuerzo cierra otro capítulo.

Siempre encallaremos en otros brazos, pude haberle dicho,
o esta puntada en el costado que no cierra,

o mañana es otro ayer, pude haberle dicho
o ya no me esperas.

DESCONFIANZA

A estas alturas de mi vida
me veo de reojo.
No es que me parezca desaconsejable,
pero ese hombre que me ha acompañado toda la vida,
ese niño que correteó una vez en una estampa
con el Ávila imponente al fondo,
ese muchacho torpe, de anteojos de carey y barbilla puntiaguda,
que gesticulaba con un énfasis descoyuntado y ajeno,
que navegaba con seguridad
los símbolos de una infancia que no comprendía,
está muy lejos
y entre él y yo median siglos de sana desconfianza.

Sigo mirando sesgado al hombre que he sido,
veo tus artimañas, hombre,
tus reconvenciones,
tu ayer teñido de falsas tintas,
de adioses ni negros ni blancos,
de medrosos atrevimientos,
de esa necesidad de revolotear
en una nada construida por ti,
de bucear en la laguna de un sufrimiento portátil,
de ser el primer actor
de un drama resonante e inútil,
veo tus esfuerzos
por ser mirado por los ojos que te bautizaron.

Ese hombre que tengo a mi lado es mi dulce enemigo,
mi yo volteado sobre sí mismo,
mi compañero de lucha,
la caricatura que huye de mí,
el que ya no me engaña
y me mira de soslayo,
el yo que se aleja
y por fin me deja ser yo.

DESPERTAR

Cada día este campo de batalla
donde estoy yo en el confín del horizonte
y me veo.

Cada día esta distancia que atravieso
y me avizoro.

Cada día estas ansias de correr y de abrazarme
y esta lejanía frente a frente.

Cada día con su sol y su mañana
y sus esquirlas de horas en los ojos
y el corazón batiendo el remo.

Cada día con su noche
y otro día,
un día más
recorriendo los pasos que no avanzan.

CERTEZA

La verdad, como una espiga
en el pecho de la mañana,
en el centro del instante,
sembrada en mi respiración.

Esta verdad de raíces hondas,
plantada al cerrar los ojos,
acariciada por los vientos del siempre,
abonada por la mentira sublime
del a mi lado y todavía.

La verdad de esta mañana,
clavada aquí.

Como si fuera verdad.

LOS AMIGOS

¿Esta eres tú, vestida de platino y risas bajo los relámpagos morados de nuestro amanecer?
¿Y tú eres este otro, adarga al brazo y códices en ristre, devorando con tu fuego elemental los dragones del fracaso?
¿Y qué decir de ti, viejo sabio niño de mis días, con tu andar profundo y tu corazón de respuestas infinitas?

Pronto nos encontraremos desde nuestra infancia
y soñaremos juntos
la aurora prometida.

VECINOS

A Haydée García

El centinela humilde que iluminó la infancia,
que delató mis canicas escondidas,
que alumbró mis cumpleaños
y vio crecer tus pechos,
que se mantuvo incólume mirándote crecer.

El testigo helado y retumbante que abracé en mis cavilaciones,
el amigo lejano y espigado que miraba tu esperanza
colgada en el balcón.

La espiga iluminada de la noche
que nos apresó como a luciérnagas perdidas
y nos despidió hacia un mañana lleno de recuerdos.

Se yergue todavía
frente al tiempo nuestro,
en soledad.

PUERTO

Tu pie en la noche
es mi ancla,
me ato al mundo
por el hilo de tu pie adormecido.

Tus pies descalzos, en el día,
son mi forma de haber llegado a puerto:
una tranquilidad andarina,
una obscenidad inocente y sin palabras.

Sigo plantado en este mundo por tus pies.

DESTINO

El mar que me habita desde niño
que me amanece
cuando cambio de cuerpo.

El mar que me rescata
en las noches vacías.

El mar proceloso
que me ahoga en palabras
venidas del cielo.

El mar que me sueña
se desbordará conmigo

HORIZONTE

Esperamos
de la lluvia
su silente desconsuelo
mineral.

Del sol
su fulgor mudo.

Del aire
su tránsito vacío.

Y sin embargo,
miramos hacia el cielo.

ÍNDICE

Destierro 5

Mi casa 7

Credenciales 8

Viernes Santo 10

Mi tío 11

Sonata a mi padre 14

Tiempo de acacias 17

Arcoíris sobre el hielo 18

Estuario 20

Regent's Park 22

Hazlitt House 25

El tren nocturno 27

Times Square 28

Hudson Yards 31

Dieciocho años 33

Incendio en el ocaso 34

Ida 35

Primera visita 37

Agonía 38

Inventario 39

Declaración de amor 40

Banquete 42

Un sueño 44

Sesión 45

Desconfianza 47

Despertar 49

Certeza 51

Los amigos 52

Vecinos 53

Puerto 55

Destino.....56
Horizonte.....57